

SUSANA SORIANO BOJ, FRANCISCO JAVIER JOVER MAESTRE, EDUARDO LÓPEZ SEGUÍ

SOBRE LA FASE ORIENTALIZANTE EN LAS TIERRAS MERIDIONALES VALENCIANAS: EL YACIMIENTO DE CASA DE SECÀ (ELCHE, ALICANTE) Y LA DINÁMICA DEL POBLAMIENTO EN EL *SINUS ILCITANUS*

Las investigaciones arqueológicas desarrolladas en los tramos finales de los ríos Segura y Vinalopó son de gran importancia para explicar el proceso histórico durante la primera mitad del primer milenio cal BC al S del levante peninsular. Asentamientos como Penya Negra, Fonteta, El Oral o La Picola han permitido fijar las bases estratigráficas y efectuar diversas propuestas de interpretación socioeconómica. No obstante, en los últimos años, las excavaciones de urgencia emprendidas en las tierras llanas están evidenciando la existencia de un denso poblamiento rural desde, al menos, el s. VII a.C, aunque todavía mal reconocido por su elevado grado de arrasamiento y alteración. En este sentido, la información obtenida en Casa de Secà y en otros puntos del agro ilicitano permite realizar nuevas consideraciones sobre la dinámica de ocupación y de organización social entre los ss. IX y VI a.C.

Palabras clave: fase Orientalizante, asentamiento, organización social, Sinus Ilicitanus.

THE ORIENTALIZING PHASE IN EASTERN IBERIAN PENINSULA: CASA DE SECÀ (ELCHE, ALICANTE) AND PATTERN SETTLEMENT IN *SINUS ILCITANUS*

The archaeological research developed in the Lower Segura and Vinalopó Valleys are of great importance to explain the historical process during the first half of the First Millennium BC in Eastern Iberia. Settlements as La Penya Penya, La Fonteta, El Oral or La Picola have permitted us to set the stratigraphic sequence and to propose socioeconomic interpretations. In addition to these main sites, the excavations undertaken in the plains show the existence of a dense rural settlement dated from the 7th century BC, although still badly recognized by its high degree of alteration. In this sense, the information obtained at Casa de Secà and in other points of this territory permits us to carry out new considerations on the settlement dynamics and the social organization between the 9th and 6th centuries BC.

Key words: Orientalizant phase, settlement, social organization, Sinus Ilicitanus.

Las investigaciones arqueológicas en el Camp d'Elx cuentan con una larga trayectoria, en especial, las efectuadas en el yacimiento de La Alcudia (Ibarra 1879; Ramos Folqués 1954; Ramos Fernández 1975; Abad 1987). La escultura de la Dama de Elche ha jugado, además, un papel esencial en la configuración de lo Ibero y de la identidad de lo "español" (Ramos Folqués 1947; Ramos Fernández 1995; Olmos y Tortosa 1997; Ramos Molina 2000; Rovira 2007). Pero, con

independencia de ello, se trata de uno de los principales yacimientos arqueológicos del ámbito Mediterráneo peninsular, no sólo por su extensión, cuyas dimensiones en algunos momentos pudo aproximarse a las 9 ha (Grau y Moratalla 2001; Moratalla 2004-2005), sino por su amplia secuencia ocupacional, desde momentos del neolítico antiguo (Jover *et al.* 1997; Hernández 2004 y 2006) hasta los primeros siglos de la constitución de al-Andalus (Gutiérrez 1996).

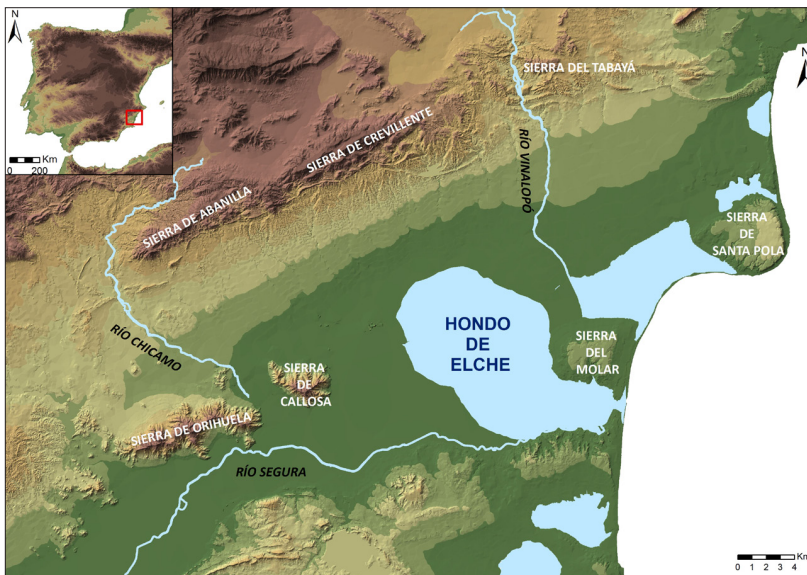


Fig. 1. Mapa del área geográfica en estudio.

No obstante, a pesar de ser conocido por los cronistas locales desde el s. XVII (Sanz 1621), explorado repetidamente desde el s. XIX (Ibarra 1879) y excavado desde las décadas centrales del s. XX hasta la actualidad, todavía hoy sigue siendo un contexto arqueológico con numerosos problemas en la determinación de su secuencia ocupacional (Moratalla 2004-2005). En concreto, el reconocimiento de posibles ocupaciones neolíticas y de una supuesta ocupación durante la Edad del Bronce, en un principio atribuidas al estrato H (Ramos Fernández 1975), podría corresponderse con diversos estratos infrapuestos a éste, caracterizado, según la interpretación realizada por J. Moratalla (2004-2005: 101-102) a partir de los sectores 3F y 4C, por la presencia de cerámicas a mano y a torno de clara adscripción al horizonte orientalizante o Hierro I.

Frente a las limitaciones de la información aportada por La Alcudía para los momentos más antiguos, en los últimos años la actividad arqueológica de salvamento desarrollada en su entorno y en general al S de la ciudad de Elche, se ha intensificado como consecuencia de la expansión urbanística. La realización de los obligados seguimientos arqueológicos, según establece la Ley de Patrimonio Cultural Valenciano 4/1998, está evidenciando la existencia de un denso poblamiento de diversas épocas, especialmente ibérico, romano e islámico, en ambos márgenes del río Vinalopó¹. En este sentido, el yacimiento de Casa de Secà ó Secà de Martínez, ya reconocido hace décadas por la presencia de materiales

arqueológicos en superficie (Ibarra 1879; Ramos Folqués 1953) constituye un claro ejemplo. El inicio de las obras de la Circunvalación Sur de Elche que afectaban a una franja del área arqueológica protegida, obligaron a la realización de una actuación arqueológica bajo la dirección de Eduardo López Seguí y la empresa Alebus Patrimonio Histórico S.L.

El objetivo de este trabajo es dar a conocer algunos datos sobre el yacimiento de Casa de Secà, realizar una propuesta interpretativa sobre el mismo en relación con los datos disponibles y plantear algunas consideraciones sobre la dinámica poblacional del tramo final de los ríos Vinalopó y Segura entre los ss. IX y VI a.C.

LA ANTROPIZACIÓN DE LOS TRAMOS FINALES DE LOS RÍOS SEGURA Y VINALOPÓ

El espacio geográfico integrado por los tramos finales de los ríos Vinalopó y Segura constituye el extremo septentrional de la fosa intrabética del dominio Bético. Este territorio es un extenso corredor con dirección SO-NE, que conecta la Alta Andalucía con Murcia y las tierras meridionales valencianas. En torno a los tramos finales de los ríos Segura y Vinalopó se han constituido diversos espacios agrícolas de gran importancia histórica. El espacio conocido como Camp d'Elx es una importante extensión cuaternaria descendente de las sierras de Crevillente-Negra-Tabayá,

integrado por arcillas rojas con costras calcáreas. Este paisaje semiárido, está atravesado por el río Vinalopó, que se encaja enormemente hasta el momento de abrirse al mar Mediterráneo (fig. 1).

Por su parte, el corredor del río Segura está limitado, al N, por las sierras de Callosa de Segura y Orihuela. Se trata de imponentes masas calcáreas y dolomías triásicas que emergen como auténticos islotes alineados. Al S, el curso del Segura queda delimitado por pequeñas elevaciones miocenas –sierra de Orihuela, monte de San Miguel, sierra Escalona, sierra de Cristo, sierra de Pujálvarez, sierra de Callosa, sierra de Hurchillo y sierras de El Agudo-Cuerda de la Murada– que en su último tramo aparecen formando un frente de falla, cuyos reajustes pasados han ocasionado movimientos sísmicos violentos (López Gómez 1988: 184).

La confluencia de sedimentos aportados por ambos ríos ha creado la demarcación de lugares pantanosos y amplias zonas de saladares tales como la depresión de los Balsares-Clot de Galvany o la Albufera de Elche. El tramo bajo del río Vinalopó se ha ido rellenando progresivamente por los aportes sólidos de los cursos fluviales, barrancos y ramblas. Estos materiales son los que provocaron la colmatación de los espacios húmedos, acelerando este proceso la acción antrópica (Box 1987; Simón 1999). La presencia de margas de color gris y verdoso de facies lagunar hasta el SE de Elche es una prueba de que la dimensión de la laguna era mucho mayor que lo que se observa en la actualidad.

Así pues, toda la zona queda configurada en torno a grandes espacios lacustres y a la desembocadura de los ríos Segura y Vinalopó en la que confluyen las distintas unidades, tanto montañosas, como litorales. Esta unidad fisiográfica es la que actualmente presenta las condiciones de máxima aridez en toda la Comunidad Valenciana, al conseguirse las máximas medias térmicas y el menor número de lluvias –sobre los 300 mm anuales–. Por ello, los cursos de agua son vitales para la implantación de la vida y la actividad agrícola, ampliamente ligada al regadío con una extensa red de acequias desde época romana y sobre todo, islámica (Gutiérrez 1995). Las mejores tierras para la actividad agrícola se sitúan en la huerta de Orihuela, tierras cuaternarias de considerable potencia edáfica y escasa pendiente, atravesadas por el río Segura. Es en este espacio donde se ubica el yacimiento de Los Saladares (Arteaga y Serna 1975). También las encontramos al S de la ciudad de Elche, es decir, en la huerta tradicional ilicitana que se extiende, de E a O, desde la partida de

Matola hasta la de Valverde, con una mayor utilización agrícola y menores riesgos de erosión en la zona central, abarcando una extensión de más de 100 km². Es aquí donde se localizan yacimientos como La Alcudia (Ramos Folqués 1954) y Casa de Secà.

Aunque se pueden desarrollar prácticas agrícolas extensivas en el resto del territorio, la menor potencia edáfica, mayor pendiente y el riesgo de erosión hace que las condiciones sean más severas. Peores condiciones presentan las zonas de piedemonte y de ladera de las sierras que delimitan el corredor, con un consiguiente mejor rendimiento para pastos y aprovechamiento forestal. Es el caso de las estribaciones montañosas situadas al N de Elche, atravesadas por el curso del Vinalopó o en las estribaciones de la sierra de Crevillente, donde se ubica Peña Negra (González 1983 y 2000).

Por tanto, todo este amplio espacio de tierras cuaternarias y humedales constituyó una auténtica despensa natural por la enorme biodiversidad existente, lo que explica la presencia humana de forma permanente en estas tierras, al menos, desde el Neolítico antiguo, aunque ya se constaten evidencias materiales de grupos neandertales (Soler *et al.* 2008: 176-177). Buena parte del conocimiento con que contamos sobre la Prehistoria reciente en el tramo del Vinalopó –que no en el Segura (Furgús 1937; Hernández *et al.* 2009)– se debe a las investigaciones emprendidas en las últimas décadas (González y Ruiz 1992; Jover *et al.* 1997; Soler y López 2001), aunque ya desde el último tercio del s. XIX fueron publicadas diversas noticias que hacían referencia a la documentación en superficie de fragmentos cerámicos e instrumentos de piedra pulida de adscripción prehistórica (Ibarra 1879), posteriormente ampliadas en otros trabajos más sistemáticos (Ramos Folqués 1953; 1989). En su mayor parte, se trataba de simples referencias sobre el hallazgo en superficie de fragmentos cerámicos lisos, realizados a mano y, por tanto, considerados en aquellos momentos como prehistóricos, pero que en la actualidad pueden tratarse también de época protohistórica, tardorromana o islámica (Gutiérrez 1996; López Padilla 2009a).

Aparentemente las zonas llanas del Camp d'Elx fueron abandonadas durante la denominada Edad del Bronce, ya que las múltiples actuaciones arqueológicas efectuadas no han dado resultados. Toda la ocupación del valle parece entonces localizarse y trasladarse a los cerros y estribaciones montañosas que delimitan el corredor por su lado septentrional, habiéndose registrado los

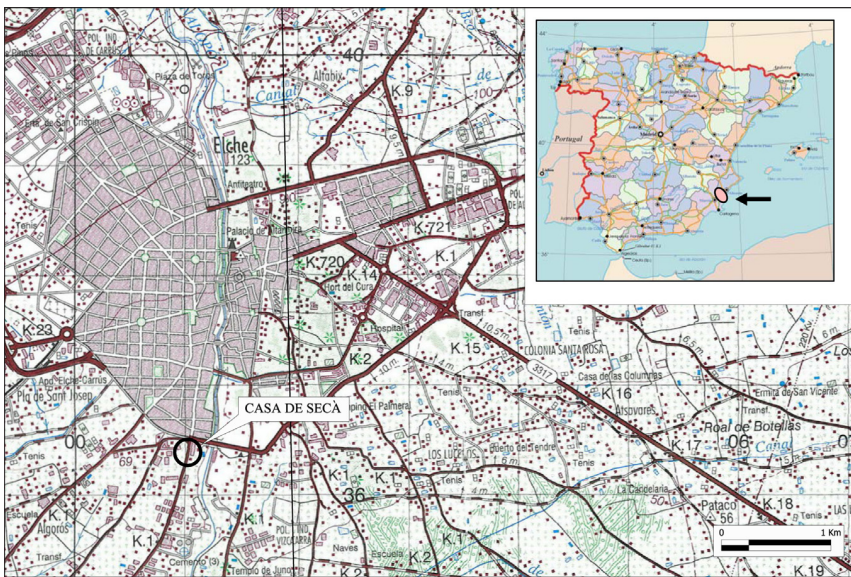


Fig. 2. Ubicación del yacimiento de Casa de Secà (Elche).

yacimientos de Tabayá (Hernández y López 1992), el conjunto de yacimientos de la sierra del Búho, Caramoro I y Barranco de los Arcos (Jover *et al.* 1997; López Padilla 2009b).

No tenemos indicios de una nueva ocupación de las zonas llanas del Camp d'Elx hasta la fase orientalizante. Los asentamientos del Bronce final están situados en las serranías y piedemontes como es el caso de los yacimientos de Peña Negra (González 1990), Tabayá (Hernández y López 1992) y Caramoro II (González y Ruiz 1992; García *et al.* 2010). Las evidencias materiales de adscripción orientalizante las encontramos en el estrato H de La Alcudia (Moratalla 2004-2005: 101-102) con cerámicas a mano y a torno, destacando un fragmento de borde de ánfora fenicia (Aranegui 1981: 54), junto a la mención de otros hallazgos descontextualizados (Ibarra 1879).

De entre todos los objetos destaca un conjunto de aros de bronce y un depósito de lingotes con forma de hachas de apéndices laterales (Simón 1998: 53). Los primeros se hallan en paradero desconocido, pero en su momento Ibarra (1879) ya los describió por sus características singulares. Y, los segundos, ascienden a unas 50 piezas, algunas de las cuáles se conservan en el Museo Arqueológico y de Historia de Elche –cinco ejemplares–, el Museo Arqueológico Nacional –12 piezas– y el Museo Arqueológico Provincial de Navarra –una pieza– (Hernández 2004: 24). Se trata de lingotes de valor premonetal (González 1985), como los también descontextualizados del Tabayá, o los de Peña Negra en sus dos fases (Simón 1998).

A estos hallazgos aislados, debemos sumar otras evidencias documentadas en distintas actuaciones arqueológicas de urgencia, como la aquí presentada, que vienen a plantear una ocupación continuada del campo ilicitano al menos desde el s. VII a.C., en clara articulación con dos asentamientos de especial trascendencia: por un lado, La Alcudia, situado en pleno agro, que parece adquirir una relativa importancia a partir de estos momentos, aunque mucho más a partir del Ibérico antiguo (Moratalla 2005); y por otro, Peña Negra (González 1983; 2000), localizado en las estribaciones de la sierra de Crevillente.

EL YACIMIENTO DE CASA DE SECÀ

Casa de Secà o Secà de Martínez se encuentra ubicado en las tierras fértiles del Camp d'Elx, concretamente en la margen derecha del río Vinalopó, a unos 200 m del cauce (fig. 2) y a unos 900 m de La Alcudia. Las coordenadas en UTM son 701013,31 / 4236422,50 y se ubica a 64,5 m snm. Se corresponde con el PK. 722,000 de la carretera N-340, concretamente en la intersección con la CV-581 (antigua AP-3061).

Los trabajos arqueológicos realizados como consecuencia del inicio de las obras de la circunvalación sur de la ciudad de Elche, confirmaron un grado de afección antrópica elevado si tenemos en cuenta que la cota inicial de aparición de estructuras rondaba entre los 0,25 y 0,55 m

respecto al nivel de circulación de la carretera del León, que limita actualmente el yacimiento por el E. De forma que sólo se habían conservado los fondos de las estructuras negativas, a cotas máximas de profundidad de 0,50 y 0,70 m (figs. 3 y 4).

Por consiguiente, los procesos postdeposicionales han destruido buena parte del yacimiento. Sólo se pudieron documentar diversas unidades negativas afectadas, además, por el laboreo agrícola y la plantación de arbolado y palmeras. A toda esta serie de procesos debemos añadir que la actuación se tuvo que limitar a la zona de intervención de las obras, es decir, al trazado de la nueva carretera.

La zona excavada se extendió por una superficie de 1080 m² con una disposición alargada de 80,38 m de longitud máxima, en dirección E-O, por 14,21 m de anchura máxima de N a S. El número total de unidades estructurales documentadas ascendió a 25 (figs. 5 y 6).

En su mayor parte se trataba de estructuras negativas de las que solamente se conservó el fondo o la base de las mismas, por lo que su profundidad era escasa. Su adscripción cronológica se pudo realizar a partir de las evidencias materiales contenidas en los rellenos sedimentarios que las colmataban. La mayor parte correspondían a época ibérica, y en menor medida, a época romana e islámica, frente a una o la suma dos, de adscripción orientalizante.

Atendiendo a sus características y distribución espacial, de N a S, cabe destacar la documentación de un conjunto de fosas de distintas dimensiones pero con disposición paralela o sucesiva, que recortaban el estrato geológico. Se trataba de un amplio número de estructuras negativas, definidas en el proceso de excavación por distintas unidades estratigráficas –UE a partir de ahora– 103, 106, 113, 114, 123, 129, 158, 160, 161, 167 y 168.

De ellas, aquí solamente nos interesa comentar algunos datos de las UUEE 103, 113 y 167, dada su similitud con respecto a la fosa UE 168, aun siendo de distinta cronología. Del resto de UUEE ya se dará cuenta en otras publicaciones.

La UE 113 era una fosa alargada de muy pequeño tamaño de entre 0,20 y 0,30 m de anchura y escasa profundidad conservada, cuyo relleno de arena suelta no contenía materiales arqueológicos. Por otro lado, al sur de las estructuras anteriormente relacionadas aparecían dos fosas paralelas de mayor tamaño –la UE 168 (rellenada por la UE 132), objeto de nuestro estudio y que



Fig. 3. Imagen del área excavada en sus inicios.



Fig. 4. Imagen del proceso de excavación en sus momentos finales.

describiremos más adelante, y la UE 103– junto a una más pequeña, la UE 167, todas con orientación N-S. Entre las UUEE 103 y 168 se documentó, además, un enterramiento infantil en urna –UE 154–, sin ajuar y depositado en el interior de una fosa circular, revocada y parcialmente quemada.

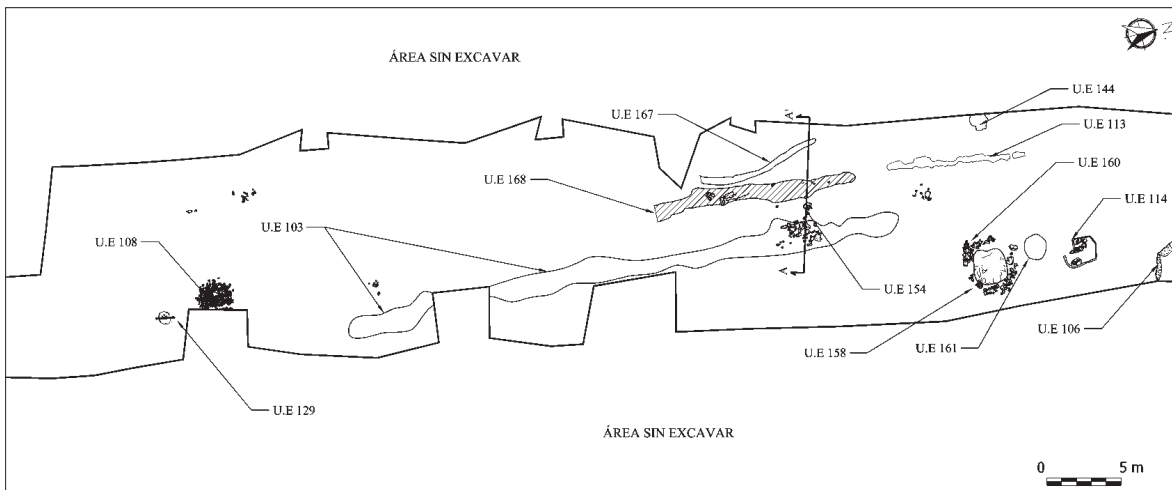


Fig. 5. Planta general de estructuras con indicación de las principales unidades estratigráficas documentadas en Casa de Secà.

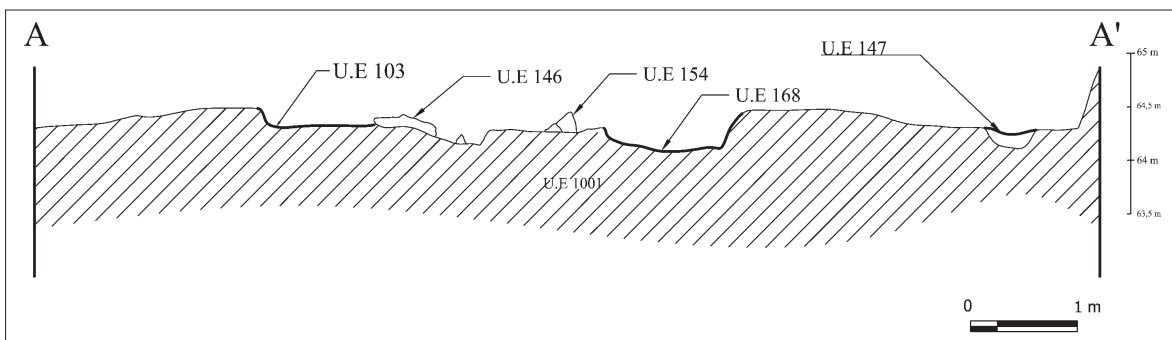


Fig. 6. Sección de estructuras con indicación de la UE 168.

La UE 167 también era una zanja estrecha y alargada, de escasa profundidad conservada $-0,07$ y $0,13$ m-, colmatada por un estrato de arena sin material arqueológico. Por el contrario, las otras dos concentraban la práctica totalidad del registro cerámico del yacimiento.

La fosa UE 103 era una zanja alargada de $37,80$ m de longitud máxima por $1,50$ m de anchura, de sección en "U" que conservaba muy poca profundidad $-0,30-0,40$ m-, pero en la que se documentaron un total de 16.735 fragmentos cerámicos en su relleno sedimentario. El sedimento se componía en gran medida de arcillas, con raíces procedentes del estrato vegetal, junto con cantos rodados y bloques de piedras irregulares de mediano tamaño. La cerámica registrada, buena parte de adscripción ibérica plena, presenta una amplia tipología formal, pero también algunos fragmentos significativos de cerámica a mano y a torno de adscripción orientalizante.

LA FOSA UE 168

La fosa 168, orientada de N a S y dispuesta de forma paralela a la fosa UE 103, poseía unas dimensiones de $14,06$ m de longitud, $1,46$ m de anchura y $0,51$ m de profundidad máxima con sección en "U". Aparecía colmatada por un sedimento grisáceo de textura arenosa -UE 132-, con algún carbón casi inapreciable y raíces. Hemos de insistir, una vez más, en la elevada cota de aparición de los restos arqueológicos y en el consecuente grado de alteración de los estratos en los niveles superficiales (fig. 7).

El volumen de material cerámico, elaborado a mano y a torno, asciende a un total de 1920 fragmentos. Junto a éstos debemos destacar la documentación de dos fusayolas cerámicas de diferentes secciones, una lámina recortada de plomo, una escoria de hierro y 11 restos óseos -tres dientes de ovicaprinos y ocho fragmentos indeterminados-.

El material se mostraba muy fragmentado, sin concentraciones significativas, ni distribución aparente dentro de la fosa. Aunque el conjunto cerámico es muy abundante, teniendo en cuenta las dimensiones de la fosa, nos gustaría resaltar la documentación de una laminita de plomo de 38 x 17 x 2 mm, 8,8 g, marcada en uno de sus lados y cortada, y de una escoria de hierro, de 61,3 g, que según las impresiones de I. Montero (comun. pers.)², y a falta de las correspondientes analíticas, probablemente se trate de un residuo de forja (fig. 8).

La ausencia de otras evidencias en el yacimiento dificulta la interpretación de esta estructura, pero también del resto de fosas alargadas con similar orientación, ya que sólo partimos de la información que nos ofrece el registro cerámico, óseo y metálico. No obstante, aunque desconocemos si pudieron tener una función previa, es evidente que fueron utilizadas como áreas de desecho o basureros. Su disposición paralela a otra fosa de época ibérica y con similares características a otra islámica en una zona contigua, permite considerar que este espacio fue utilizado de forma recurrente pero discontinua para las mismas actividades a lo largo del tiempo.

EL REGISTRO CERÁMICO

Los fragmentos cerámicos recuperados del estrato UE 132 que colmataba la estructura UE 168 ascendieron a 1920, de los que el 78% correspondían a fragmentos cerámicos elaborados a mano y el 22% a torno. Se trata de un volumen cerámico amplio, lo que permite interpretar la colmatación de esta fosa con el vertido de desechos intencionales de material orgánica y vasos cerámicos. Entre éstos, además de las habituales formas realizadas a mano, es reseñable la presencia de importaciones de ánforas de manufactura fenicia, bien representadas en el levante peninsular (Bonet *et al.* 2004; Sala *et al.* 2004), procedentes del litoral andaluz y del norte de África.

LA CERÁMICA A MANO

Comenzando por la producción a mano se recogieron un total de 1497 fragmentos –78%–. El alto grado de fragmentación de los vasos no ha facilitado su restitución, pero sí ha permitido determinar el número mínimo de individuos a partir de los fragmentos de borde diferenciados –158–. En este conjunto, el número mínimo de individuos de tipo orza-olla superaría la cuarentena si tenemos en cuenta el número de fragmentos de bordes y de bases (fig. 9).



Fig. 7. Detalle de la estructura UE 168.

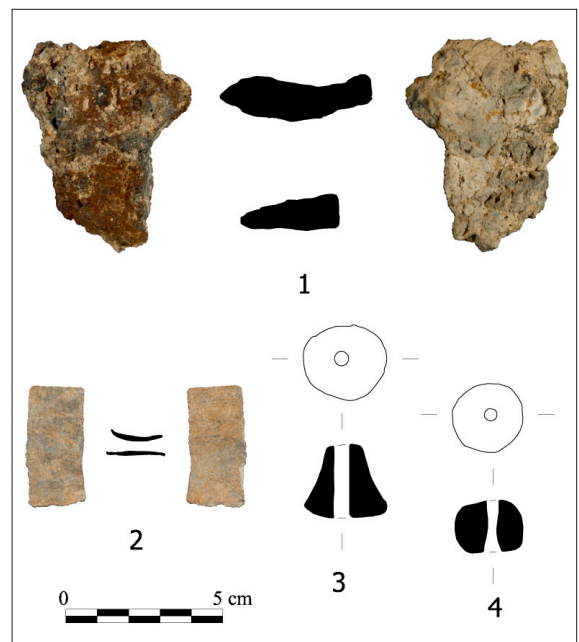


Fig. 8. Fragmento de escoria de hierro; 2. Lámina de plomo marcada y recortada; 3 y 4. Fusayolas de barro cocido.

PARTE ESTRUCTURAL	Nº DE FRAGMENTOS	%
Carrete	1	0,06
Bordes	158	10,55
Bases planas	44	2,93
Cuerpos	1.145	76,48
Cuerpos escobillados	137	9,15
Cuerpos con apliques	10	0,66
Cuerpos con cordones digitados	2	0,12
Total	1.497	100

Fig. 9. Distribución de la cerámica realizada a mano en la fosa UE 168, atendiendo a las partes estructurales de los recipientes.

En general, se trata de vasos pequeños destinados al uso doméstico con tratamientos groseros o alisados. Las cocciones son oxidantes-reductoras-oxidantes o reductoras homogéneas, de forma que el núcleo de la pasta es siempre de tonalidades oscuras, de la gama del castaño al negro. Las pastas están poco depuradas, con desgrasantes compuestos principalmente de calcita, cuarzos y, ocasionalmente, de micas, de pequeño y gran tamaño, con una frecuencia de intermedia a abundante en la mayoría de las piezas.

El tratamiento genérico aplicado es el alisado y como decoración está bien representado el escobillado –10%– frente a la impresión –0,5%–. La técnica decorativa del escobillado aparece aplicada en el exterior de las piezas de forma suave, de modo que la erosión y el uso ha dificultado la conservación e identificación en muchas de ellas. Se documentaron un total de 151 fragmentos escobillados –ocho bordes (cinco correspondían a orzas-ollas y tres a cuencos), además de seis bases y 137 cuerpos–. La decoración impresa, siempre de unguilaciones, se registró en ocho bordes, en concreto siete orzas-ollas y un fragmento de cuenco. En dos fragmentos de cuerpo se ha documentado la aplicación de cordones con digitaciones (fig. 10).

Como ya hemos indicado, el conjunto cerámico aparecía muy fragmentado y el escaso tamaño de los bordes complicaba la identificación de los tipos, ya que fueron pocos los vasos en los que se pudo determinar su diámetro. Resultaron excepcionales aquéllos que presentaban el borde con un cierto desarrollo del cuerpo. Partiendo de estos condicionantes hemos identificado dos tipos: las orzas/ollas –formas cerradas que suelen poseer una altura del vaso superior al diámetro de la boca– y los cuencos –59,49%–, cuyo diámetro de boca suele ser mayor a la profundidad del mismo.

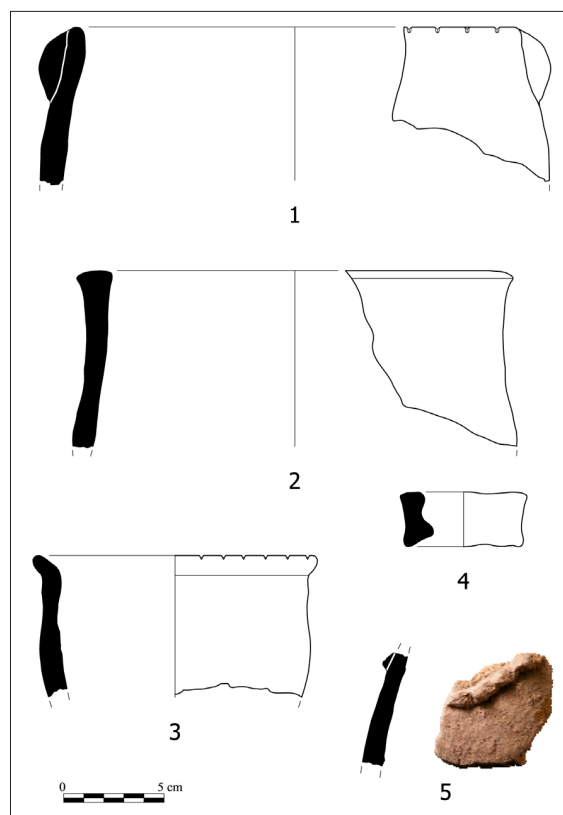


Fig. 10. Representación gráfica de cerámica a mano, algunas de ellas con decoración en el labio –1 y 3– o con unguilaciones en los cordones aplicados sobre el cuerpo del recipiente (5).

Los vasos reconocidos como orzas-ollas ascienden a un total de 64 fragmentos del borde –40,51%–. En función de la inclinación del borde se han podido diferenciar entre los convexos salientes –24–, algunos de los cuales corresponden con el tipo de urna Va de perfil en “S” de A. Lorrio (2008) propuesto en su estudio sobre las necrópolis del Bronce final del Sudeste; rectos entrantes o ligeramente entrantes –31–, entre los que se encuentra el tipo A1 de A. González (1983); rectos entrantes con el labio indicado –uno–; rectos ligeramente exvasados –cuatro–, correspondientes al tipo IVa de A. Lorrio (2008) y A6 de A. González (1983); y por último, los bordes rectos de cuello corto –cuatro– de apenas 1 cm y paredes ovoides.

Todas las variantes distinguidas se caracterizan por presentar un diámetro de boca inferior a 21 cm, con la excepción de un ejemplar de la forma A6 de A. González (1983) o tipo IV de A. Lorrio (2008) que alcanza los 41 cm. Algunos de los bordes presentan unguilaciones en el labio, con independencia de la variante al igual que escobillado (fig. 11).

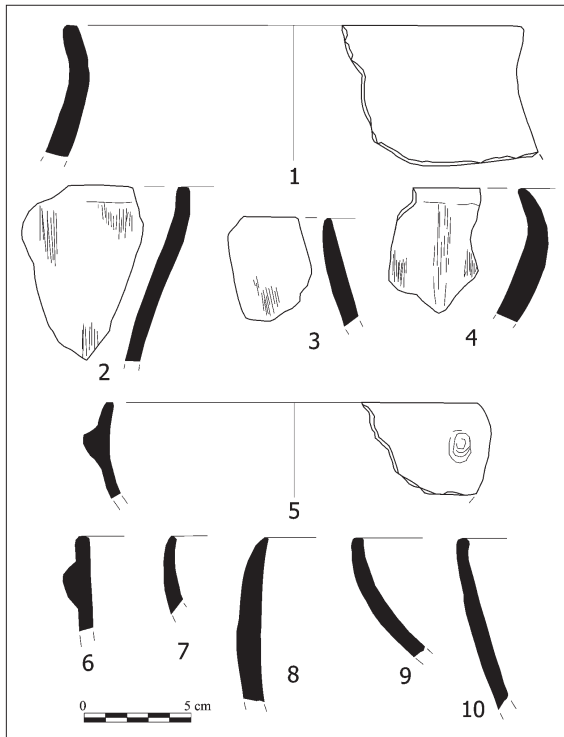


Fig. 11. Representación gráfica de los perfiles de cuencos y ollas, algunos con escobillado en la superficie.

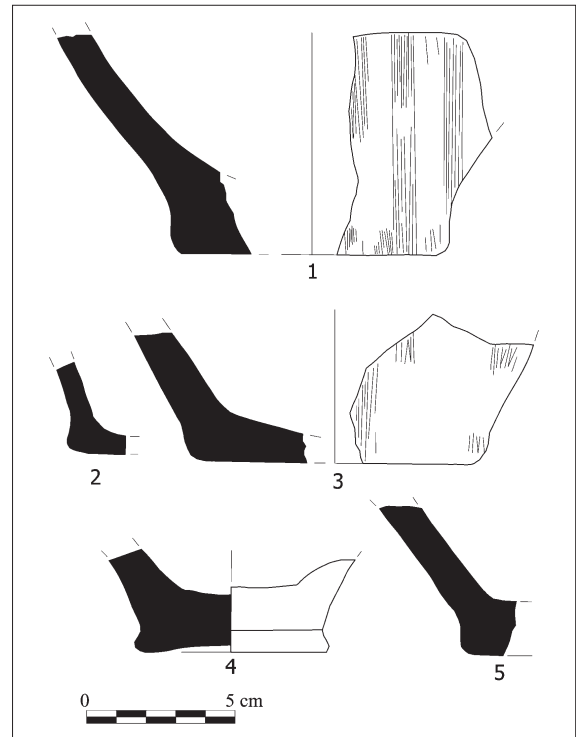


Fig. 12. Bases planas, algunas con escobillado.

Respecto a los cuencos, se han documentado un total de 94 fragmentos de borde –59,49%– con labios planos, alguno convexo y otro biselado al interior. El tipo más numeroso de borde es el recto saliente –51 fragmentos– correspondiente a los cuencos simples C.III de A. Lorrio (2008) o los AB de casquete esférico de A. González Prats (1983). El siguiente tipo más representado es el borde recto con labio plano o convexo –22 fragmentos–, dos de ellos con unguilaciones en el labio. El otro tipo es el borde convexo entrante –19 fragmentos–, con diámetros de boca entre 17 y 35 cm.

En cuanto a las bases, se han registrado un total de 44, todas planas (fig. 12). De ellas, 26 presentan el talón indicado, seis con tratamiento escobillado exterior. El resto, corresponden a fragmentos de base indeterminadas. Incluido en el conjunto, se ha documentado un carrete cilíndrico, elaborado a mano, de 6 cm de diámetro.

Los elementos de presión se definen en cuatro tipos. El más numeroso, el mamelón, registrado en 12 bordes de cuencos, cinco orzas-ollas y en siete cuerpos. La lengüeta vertical se ha documentado en tres bordes de orzas-ollas y la lengüeta horizontal en dos cuerpos. El cordón

con digitaciones se ha conservado en dos cuerpos, mientras que en otro cuerpo se ha documentado una serie de dos mamelones. En total los elementos de presión no son muy numerosos pero están presentes con las mismas características que en yacimientos como Peña Negra en su fase II (González 1983).

LA CERÁMICA A TORNO

La producción a torno, minoritaria en el conjunto del total del registro –22%–, viene representada por la cerámica común –57% correspondientes a tinajas, tinajillas y platos–, ánforas importadas –31%–, así como algunos fragmentos de cerámica pintada, la cerámica gris, barniz o engobe rojo y cerámica negra bruñida (fig. 13).

La cerámica gris representa el 4,5% del conjunto cerámico a torno. Los bordes se corresponden con tres platos de borde entrante –tipo B4 de González (1983) y 1 cuenco con borde vuelto y labio colgante. El conjunto se complementa con un fragmento de asa anular, un pie anular alto de 2,5 cm de diámetro exterior y 13 fragmentos de cuerpo. La pasta gris es homogénea y muy depurada, con desgrasantes pequeños calizos blanquecinos y negros.

	C. GRIS	C. PINTADA		C. COMÚN	B/E. ROJO	ÁNFORAS	C. NEGRA BRUÑIDA	TOTAL
		OX.H	OX.M					
Bordes	4	2		2	4	6	2	20
Cuerpos	13	20	1	235	1	127		397
Asas	1			1				2
Pie	1							1
Bases				2				2
Total	19	22	1	241	5	133	2	422
NMI	4	2	1	2	4	6	2	21
% NMI	19	9,5	7,7	9,5	19	28,5	9,5	100

	MANO	TORNO	
NMI	158	21	179
% NMI	88,26	11,73	100

Fig. 13. Distribución general de los tipos cerámicos a torno. Es importante insistir en que, del conjunto de cuerpos, 90 fragmentos corresponden a las ánforas R.1, 12 parecen tratarse de producciones malagueñas y 25 de la costa norteafricana.

Siguiendo a A. González en su estudio de Peña Negra, los platos grises del tipo B4 –borde entrante– y los B5 –borde saliente– aparecen en todos los yacimientos del mediodía peninsular y en las factorías fenicias litorales, asociados a las ánforas de perfil ovoide u odriformes y a la cerámica de engobe rojo (González 1983: 190).

La cerámica de barniz y/o engobe rojo viene representada por cuatro bordes de platos y un fragmento de cuerpo (fig. 14). Tres bordes son entrantes y se corresponden con la forma D2 de González (1983) y uno es de ala del tipo D3, presentes en el litoral andaluz y el levante a lo largo del s. VII a.C. Una de las piezas presenta un engobe mal conservado, de color rojo-anaranjado y pasta de núcleo gris que podría corresponder a las D2 A de González, productos fenicios de clara procedencia alóctona.

Las ánforas de perfil ovoide son las conocidas R.1, clasificadas por J. Ramón como T-10.1.2.1, de manufactura fenicia, documentadas en el litoral andaluz desde el s. VII a.C. Son las sucesoras de las T-10.1.1.1 aparecidas en el área del Estrecho de Gibraltar en torno a la primera mitad del s. VIII a.C. (Ramón 1995). Del conjunto de ánforas documentadas, destacan seis bordes de manufactura fenicia (fig. 15), correspondientes al tipo T-10.1.2.1 de J. Ramón (1995). El diámetro exterior es de 12 cm en cuatro piezas y 11,5 cm en una, desconociendo el restante. Todos presentan una cocción oxidante-reductora-oxidante, con el color de la pasta anaranjado y el núcleo gris. El desgrasante de tamaño mediano y frecuencia abundante, de color blanco y negro, algunos con mica. Este tipo de ánforas son elaboradas entre el 675/650-575/550 a.C. por los centros fenicios del sur

peninsular y norte de África, y durante el s. VII a.C. sufren una amplia expansión comercial, de forma que las encontramos distribuidas por la fachada atlántica del norte de África, Mediterráneo noroccidental y central (Ramón 1995: 230).

De la cerámica negra bruñida, escasamente representada en Peña Negra (González 1983: 200), los fragmentos aquí aparecidos se corresponden con dos caliciformes, de los que se conserva el borde y la pared.

La cerámica común y pintada a torno, pese a ser el grupo más numeroso de fragmentos, sólo se conoce por cuatro bordes que nos permiten conocer la forma, pues el resto responde a fragmentos de cuerpos indeterminados. Dos de los bordes están pintados en óxido de hierro, con decoración geométrica, a modo de banda en el labio. Se trata de bordes vueltos de tinajilla, de los que desconocemos el diámetro de las piezas. En cuanto a los cuerpos pintados, todos presentan decoración geométrica en óxido de hierro, con motivos de bandas, segmentos de círculo, a veces combinados, y pasta sandwich. Sólo se ha documentado un fragmento de cuerpo pintado con engobe exterior blanco, oscurecido por el uso, y decorado con tres pinceladas horizontales en óxido de manganeso. La cocción del mismo es reductora-oxidante, de forma que el color de la pasta se muestra en dos bandas, gris y anaranjado. Se trata de una pasta poco depurada, con un desgrasante visible de pequeño tamaño.

En definitiva, un repertorio cerámico amplio y habitual en otros yacimientos del ámbito regional cuyo desarrollo temporal se sitúa a lo largo del s. VII a.C. y primeras décadas del VI a.C.

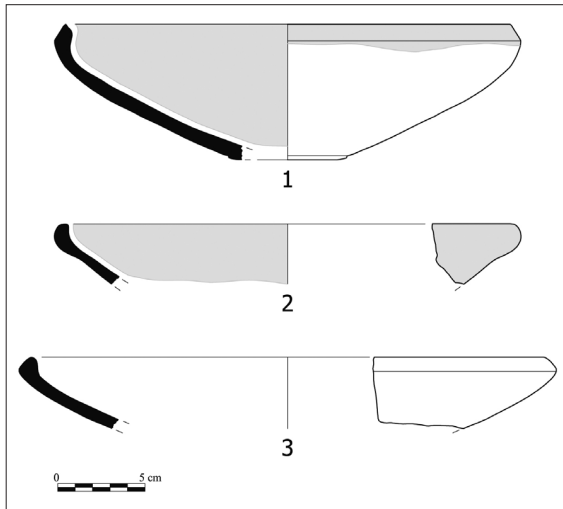


Fig. 14. 1-2. Cuencos de engobe rojo; 3. Cuenco de cerámica gris bruñida.

CONTEXTUALIZACIÓN E INTERPRETACIÓN DE LAS EVIDENCIAS DE CASA DE SECÀ

Como hemos expuesto, la excavación efectuada en Casa de Secà se extendió por una superficie de unos 1080 m², limitada al área afectada de la circunvalación Sur que se prolongaba de forma longitudinal por algo menos de 80 m y 14 m de amplitud. La presencia de varios grupos estructurales de distintas épocas y magnitudes, pero especialmente su disposición sobre el espacio excavado, permiten deducir la existencia de un mayor número de restos arqueológicos más allá del área excavada hacia sus extremos septentrional y oriental.

Entre el conjunto de restos nos ha interesado presentar aquí las características de una fosa –UE 168– o estructura negativa de unos 14 m de longitud, 1,46 m de anchura y 0,51 m de profundidad máxima, practicada en la base geológica, cuya cultura material asegura su colmatación durante la fase arqueológica orientalizante. Es evidente que los procesos erosivos y la acción antrópica durante los últimos 2500 años en un espacio como éste, dedicado a las labores agrícolas, han alterado y destruido, en buena medida, las características de esta estructura claramente truncada –y también del resto–, cuyo inicio fue detectado a tan sólo 25 cm del suelo actual. Por tanto, solamente se ha conservado su base, de tendencia claramente aplanada y un registro cerámico, que aunque muy fragmentado y erosionado, fue claramente vertido en su interior.

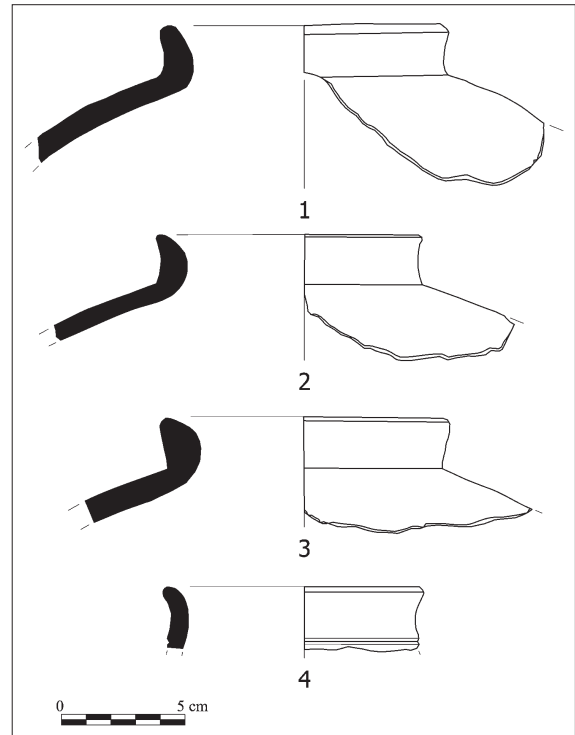


Fig. 15. Ánforas fenicias.

Con estos datos, es muy difícil plantear una hipótesis sobre una posible funcionalidad de la fosa antes de ser utilizada como vertedero de todo tipo de desechos –cerámica, fragmentos óseos, metal–. No obstante, para otros contextos (González *et al.* 2008), se ha considerado que pudieran tratarse de zanja de delimitación de un espacio agrícola o de hábitat, o también de canales de drenaje para proteger la zona de hábitat de posibles procesos de escorrentía. En relación con Casa de Secà, el único argumento que nos sugiere esta posibilidad es que en este mismo espacio hayan sido documentadas al menos otras tres fosas de diferente tamaño con la misma disposición, pero pertenecientes a otros momentos históricos. La fosa objeto de estudio, colmatada durante el periodo orientalizante, por tanto, no es un *unicum*, sugiriendo la posibilidad de cumplir un papel inicial relacionado con prácticas o actividades similares efectuadas de forma intermitente pero recurrente a lo largo del tiempo y por grupos humanos con distinto grado de organización social. La misma función que pudieron realizar esta fosa durante la fase orientalizante, es la que pudo seguir realizando el resto de estructuras con similar disposición y orientación localizadas en el área excavada.

Desde hace unos años, este tipo de estructuras negativas y otras de diferente morfología empiezan a ser un registro arqueológico habitual en las excavaciones de urgencia efectuadas en terrazas cuaternarias, aunque siempre mal conservadas como consecuencia de su afección por procesos naturales y antrópicos. Son varias las evidencias de fosas de tendencia circular u oval en el ámbito regional, cuyo registro material está planteando la posibilidad de que se trate de unidades habitacionales que pueden remontarse a estos momentos o a otros inmediatamente posteriores (Acosta *et al.* 2010; Espí *et al.* 2010) y que se relacionan con la existencia de un hábitat rural muy extendido. Aunque quizás el ejemplo mejor conocido sea el documentado en los sectores del cortijo de Los Robles en Jaén (Ruiz *et al.* 2007), donde además de cabañas, también se registraron balsas y canalizaciones practicadas en el sustrato geológico. Con todo, las formas de asentamiento rural empiezan a mostrar una amplia variabilidad desde los momentos iniciales del proceso (Duque 2007; Bonet *et al.* 2007; Mata *et al.* 2009).

En cualquier caso, lo que es evidente es que la fosa 168 de Casa de Secà fue rellenada de forma intencional con todo tipo de desechos habituales en contextos domésticos. El amplio conjunto material contenido en la estructura UE 168 es en su mayor parte un lote de vasos de uso doméstico realizados a mano, unido a un destacado conjunto de producciones fenicias, principalmente, de ánforas para el almacenaje y distribución, y vajilla de mesa como los platos de engobe rojo. A éstos debemos añadir, algunos restos óseos fruto del consumo de especies domésticas como ovicaprinos, y un resto de fundición de hierro, junto a una laminita recortada de plomo. Con estos datos es altamente probable que las evidencias documentadas sean parte de los desechos generados por un asentamiento de carácter agropecuario, ubicado en las proximidades de la zona excavada.

En otros puntos cercanos excavados en el Camp d'Elx también han sido localizados materiales arqueológicos coetáneos, por desgracia, también con grandes dificultades interpretativas. Es el caso de los hallazgos descontextualizados de La Alcudia (Ramos Fernández 1975; Simón 1998; Moratalla 2004-2005) a los que ya hemos hecho referencia y los identificados en las excavaciones de Hacienda Botella (Esquembre 1998), Finca del Tío Bou y Galanet³. Todas estas evidencias, en algunos casos asociadas a estructuras, y ampliamente repartidas por el agro ilicitano, muestran la ocupación del curso Bajo del Vinalopó en clara relación con su explotación agrícola, sin que por el

momento, podamos determinar la importancia de La Alcudia durante la fase orientalizante (Moratalla 2004-2005) respecto del principal núcleo poblacional de la zona desde el Bronce final II como es Peña Negra (González 1983, 1993 y 2000). No hemos de olvidar que el estudio del conjunto cerámico presentado en este texto nos remite a la fase II de Peña Negra y a la necrópolis asociada al anterior núcleo de Les Moreres II (González 1983; 2002).

En cualquier caso, de Hacienda Botella, otro asentamiento en llano muy próximo a La Alcudia, sólo conocemos la constatación de estructuras negativas a modo de fosas elípticas amortizadas con material cerámico realizado a mano, entre las que destacan las bases planas. En la interpretación de las mismas se ha planteado la posibilidad de que, o bien sean vertederos, o bien rellenos de estructuras de habitación de materiales perecederos a modo de cabañas (Esquembre 1998). Por otro lado, los yacimientos de Finca del tío Bou y Galanet, como hemos indicado, están pendientes de publicación, destacando en ellos diversos materiales cerámicos a mano de similares características.

No obstante, con todas las limitaciones del registro, y reconociendo que el establecimiento de comparaciones sobre registros tan dispares en cuanto a volumen y calidad de la información contextual presenta numerosas dificultades, queremos comentar un dato que puede ser de cierto interés. Existen importantes diferencias entre la representación de los tipos cerámicos presentes en enclaves como Casa de Secà y extensible a otros núcleos similares, como Hacienda Botella, con asentamientos en altura de gran tamaño, ubicados a escasa distancia dentro de la misma cuenca geográfica, como Peña Negra (González 2005; 2010).

Peña Negra (fig. 16), según su excavador, se caracteriza especialmente, a partir del s. VII a.C., por poseer un registro cerámico aproximado del 20% de vasos elaborados a mano y un 80% a torno, con un amplio volumen de producciones alóctonas. Además, cabe sumar una actividad metalúrgica consolidada desde el Bronce Final, cuya producción, según A. González (2000; 2010), no es sólo para el autoabastecimiento. Estos porcentajes contrastan claramente con los documentados en Casa de Secà, donde éstos prácticamente se invierten, como ya hemos expuesto.

Esta disparidad en la representatividad de los tipos cerámicos elaborados a mano y a torno, lejos de ser interpretada desde un punto de vista cronológico, como propio de una mayor antigüedad para los núcleos con una menor presencia de vasos importados, creemos que

adquiere su máximo sentido y valor desde el análisis de una valoración funcional y contextual. Mientras las evidencias de Casa de Secà se pueden atribuir a los desechos generados a lo largo de un tiempo no determinado por un asentamiento agropecuario implantado en el llano, al que a través del intercambio llegarían parte de los medios materiales necesarios para la producción, mantenimiento y reproducción ideológica y social; *Penya Negra*, en su fase II, sería un núcleo de gran tamaño, alejado de las tierras de cultivo, donde se efectuarían diversos trabajos artesanales y metalúrgicos, principalmente de fundición de bronce (González 1983; 2000) así como probablemente desde el mismo se controlarían diversos procesos de redistribución territorial de materias y productos. En cualquier caso, en este punto tampoco podemos olvidar el asentamiento de *La Fonteta*, que además de ser un emplazamiento donde también se llevarían a cabo actividades artesanales especializadas y metalúrgicas de bronce y de hierro (González 2010b), su ubicación y características permiten interpretarlo como un muelle de entrada y salida de materias y productos (Rouillard 2010).

Con estos datos, consideramos que estamos en condiciones de inferir la articulación territorial y sociopolítica de un gran asentamiento –*Penya Negra*–, con una factoría costera –*La Fonteta*– donde se efectuarían partes importantes de los procesos productivos relacionados con la metalurgia y otras artesanías, y un amplio conjunto de unidades de carácter agropecuario distribuidos por las tierras cuaternarias con mejores rendimientos agrícolas. La fosa de Casa de Secà sería una de las evidencias de la existencia de estos núcleos agropecuarios ubicados en el fondo cuaternario de las terrazas del río Vinalopó, al que llegarían productos y materias alóctonas a través de procesos de producción/distribución dirigidos desde los núcleos rectores.

SOBRE LA DINÁMICA SOCIAL Y POLÍTICA EN LAS TIERRAS MERIDIONALES VALENCIANAS: DE LA ARTICULACIÓN PENYA NEGRA-LA FONTETA A LA ALCUDIA-LA PICOLA

Después de la desarticulación del entramado sociopolítico que, probablemente, supuso el abandono de grandes núcleos argáricos como San Antón o Laderas del Castillo (López Padilla 2009b) y también de otros de gran importancia como Cabezo Redondo (Hernández 2009) en momentos avanzados de la segunda mitad del II



Fig. 16. *Penya Negra*. Fotografía cedida por A. Lorrio Alvarado.

milenio cal BC, son escasas las evidencias que permiten concretar la forma en que se configuró la dinámica poblacional en el tránsito del II al I milenio cal BC.

Hace unos años, uno de nosotros ya planteaba que después de la fase arqueológica del Bronce tardío se produjo un generalizado abandono de los yacimientos ubicados en cerros, a la vez que se intensificaba la ocupación de enclaves en terrazas fluviales (Jover 1999). Solo algunos asentamientos en cerros o estribaciones montañosas, como *Tabayá*, desde donde se controlaba el paso entre el Vinalopó y las tierras litorales, siguieron siendo ocupados (Hernández y López 1992; Molina Mas 1999), mientras que para otros, como *Mola d'Agres* –casi el único referente para tierras más septentrionales–, se proponía un traslado del área ocupada a otras zonas del mismo cerro (Gil-Mascarell y Peña 1994; Peña *et al.* 1996), aún cuando también podría interpretarse un hiato ocupacional.

La publicación de nuevas excavaciones efectuadas en *Caramoro II* (García *et al.* 2010: 49), yacimiento fortificado ubicado en la ruta hacia el interior meseteño a través del Vinalopó (González y Ruiz 1992), ha puesto en evidencia la ausencia de cerámicas excisas, incisas y pintadas, frente

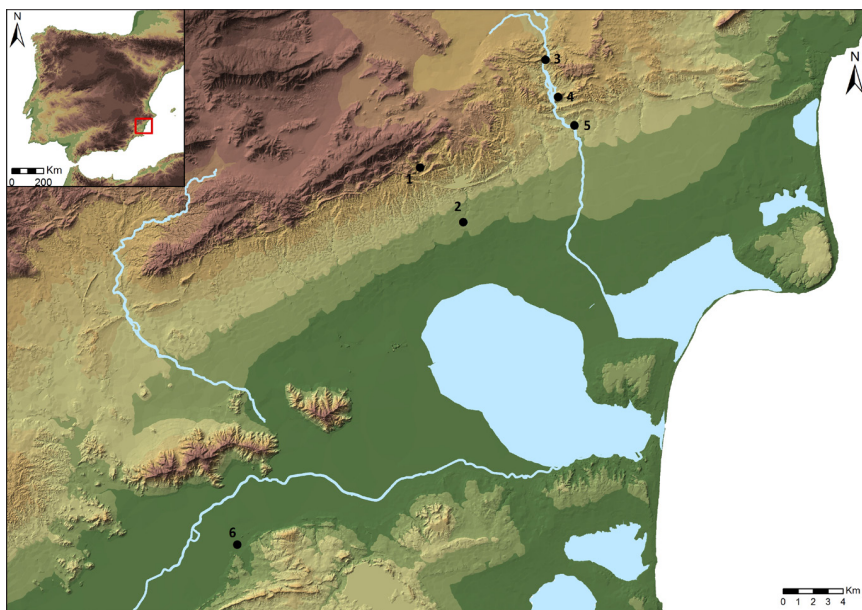


Fig. 17. Representación del poblamiento en la zona de estudio durante el s. IX y buena parte del VIII cal BC, previo a la fundación de La Fonteta y Cabezo del Estaño. 1. Peña Negra; 2. El Botx; 3. Tabayá; 4. El Castellar; 5. Caramoro II; 6. Los Saladares.

a la presencia de urnas acanaladas de Campos de Urnas y con incrustaciones metálicas. Estos datos permitirían proponer que su ocupación principal se pudo efectuar hacia los ss. X-IX cal BC, en un momento previo al desarrollo de Peña Negra. Por tanto, en torno al s. X cal BC en las tierras meridionales alicantinas los únicos yacimientos de los que se tiene constancia son Caramoro II (González y Ruiz 1992; García *et al.* 2010), El Castellar –con importantes reservas– (López Padilla 2010: 25-28) y Tabayá (Hernández y López 1992) en la margen izquierda del Vinalopó, y El Botx (Trelis 1995; Trelis *et al.* 2004) en los llanos de Crevillente (fig. 17).

Con posterioridad, a mediados del s. IX cal BC, si atendemos a las escasas dataciones absolutas sobre muestras de vida larga disponibles, cabe situar la ocupación inicial del gran asentamiento de Peña Negra –fase I– (González 1983; Torres 2008: 543, tabla 1), su necrópolis asociada de Les Moreres (González 2002; Lorrio 2008), así como los Saladares (Arteaga y Serna 1979-80; Arteaga 1982) en la margen derecha del río Segura. Es reseñable la escasez de yacimientos documentados en un territorio muy amplio, probablemente en directa relación con un patrón de asentamiento heterogéneo donde se primaría la ocupación de las zonas llanas frente laderas o cerros, como es el caso de Peña Negra, y en consonancia con el empleo de materiales constructivos deleznable y poco duraderos, al igual que se constata en otras zonas del Sudeste (Lorrio 2008).

Al mismo tiempo, los restos estructurales documentados en las excavaciones de estos yacimientos son muy diferentes. En las distintas actuaciones efectuadas en Caramoro II (González y Ruiz 1992; García *et al.* 2010) se ha determinado la existencia de una línea de muralla de considerable anchura y complejidad, junto a residuales evidencias de hábitat. En el asentamiento en el llano de El Botx (García *et al.* 2007) las estructuras documentadas estaban practicadas en la base geológica, correspondiendo a fosas empleadas como áreas de desecho. Y, por el contrario, en Peña Negra, la complejidad arquitectónica y secuencial documentada en el sector E (González 1990) es considerable, ya que la estratigrafía arranca con la presencia de fondos de cabaña, a las que se superponen cabañas circulares y más tarde casas de esquinas redondeadas, con zócalos de piedra y arcilla, asociadas a fosas con desechos de material y hornos de planta circular-oval delimitados por bloques verticales (González 1983: 60).

Por tanto, a partir del último tercio del s. IX cal BC ya podemos considerar la existencia de un gran núcleo de hábitat con una dilatada secuencia ocupacional –Peña Negra–, implantado en plena sierra, siguiendo el patrón de asentamiento argárico previo, al que se asocia un poblamiento disperso de unidades agrícolas, representado por núcleos como El Botx o Los Saladares. La ruta de conexión hacia el valle del Vinalopó podría haber estado controlada por núcleos encumbrados como Tabayá, El

Castellar o fortificados como Caramoro II, aunque como hemos comentado, las recientes excavaciones en este último plantean una probable fundación anterior a Peña Negra. La extensión superficial de este último núcleo –unas 15 ha según algunos autores (Grau y Moratalla 2001: 194; Moratalla 2005)–, la amplia actividad metalúrgica, centrada fundamentalmente en la producción de bronce (González 1983) y su registro material, hacen del mismo uno de los principales asentamientos desde donde se habría articulado el control sociopolítico de las poblaciones diseminadas por un amplio territorio –Depresión meridional, Prebético septentrional–, ya con anterioridad a la fundación del asentamiento costero de La Fonteta, en la desembocadura del río Segura, hacia el último tercio del s. VIII cal BC (González 2000, 2004, 2005 y 2011; Rouillard *et al.* 2007; Rouillard 2010).

Como anteriormente hemos indicado, La Fonteta es un núcleo emplazado en la costa, de aproximadamente 1,5 ha, construido *ex novo* y amurallado en torno al 600 a.C. Su abandono parece producirse a finales del s. VI a.C. y hasta entonces habría funcionado como un puerto comercial (Rouillard 2010). No dispone de tierras fértiles en un perímetro inmediato, ya que su posición en la costa con ambientes dunares y junto al humedal de influencia marina que se desarrolla por el N, desde la Albufera de Elche (Ferrer 2010), hacen inviables las tareas agrícolas. Ahora bien, sí que parece ser un centro con actividad metalúrgica desde sus primeras fases de ocupación, tanto de bronce, como de hierro, dadas las evidencias de fundición y la amplia gama de productos de ambos metales constatadas (González 2010 b).

Siguiendo la opinión de diferentes autores, dos yacimientos emplazados en sus proximidades estarían estrechamente relacionados con éste: el Castillo de Guardamar y el Cabezo Pequeño del Estaño. El primero, interpretado desde hace años como un santuario, por el elevado número de fragmentos de exvotos de época ibérica (Abad 1992), fue excavado posteriormente, remontando su ocupación a época orientalizante (García Menárguez 1994). Los materiales de filiación fenicia aparecidos confirmaron el origen semita de este lugar (García Menárguez 1994; González 2010a), planteando el funcionamiento de La Fonteta como un puerto en primera línea y el Castillo de Guardamar como un santuario que garantizara la neutralidad de los intercambios (Grau y Moratalla 2001: 192).

El Cabezo Pequeño del Estaño, por su parte, se muestra como un pequeño núcleo ubicado en la vertiente del río Segura, con un recinto amurallado con bastiones y

estructura interna de “casamatas”, cuya tipología constructiva remite, según su excavador, a los modelos orientales fenicios. Algunos autores (González y García 1997; García Menárguez 2010) consideran que sería un punto de defensa avanzado y dependiente de La Fonteta.

Con estos datos, hace ya una década, I. Grau y J. Moratalla (2001: 173-203) en un amplio estudio del poblamiento ibérico del Bajo Segura, planteaban una organización del territorio diferenciando dos sectores, el río Segura y el río Vinalopó, separados ambos por más de 20 km de distancia y por un área de marjal –la Albufera de Elche–. Ambas áreas de explotación no entrarían en competencia. En la primera, el patrón de asentamiento seguiría criterios semitas: un establecimiento en la costa, La Fonteta, guardando una distancia prudencial respecto a los asentamientos indígenas y las áreas mineras que eran el principal atractivo para el comercio fenicio. Pero para estos autores, se trataría de un asentamiento mixto, fruto de la intensa relación comercial existente, que además explicaría el elevado porcentaje de cerámica elaborada a mano –el 60% en el último cuarto del s. VIII a.C.– (Rouillard 2010). Para la desembocadura del Vinalopó, por el contrario, se proponía un patrón de asentamiento agrupado en torno a Peña Negra. Este poblado, sin amurallar, estaría rodeado de pequeños asentamientos encumbrados y amurallados –Cantal de la Campana, Les Barricaes y Coto Memoria (Moratalla 2005)– y en las tierras cuaternarias del piedemonte se dispondrían diversos asentamientos agropecuarios dependientes como El Botx (Trelis *et al.* 2004) y Camí de Catral (González 1989 y 2010).

Peña Negra, en su fase II, sería por tanto, un gran núcleo de hábitat disperso sin planificación urbana, con áreas artesanales y residenciales, rodeado de pequeños asentamientos encumbrados que controlarían y defenderían visualmente su espacio de influencia sociopolítica. Para estos autores la diferencia entre el periodo orientalizante y el ibérico antiguo radicaría en el control de las relaciones comerciales que, a partir de mediados del s. VI a.C. estarían bajo control indígena, a diferencia de la etapa precedente.

En la misma línea, J. Moratalla (2005) planteaba que a partir del último cuarto del s. VIII a.C. –momento en el que al parecer se produjo la implantación de los fenicios en estas costas– hasta mediados del VI a.C., los grupos semitas con una organización política, económica y tecnológica más desarrollada controlarían durante más de un siglo el circuito comercial tartésico, cuyos límites más septentrionales se encontraban en L'Alt de Benimaquia

(Denia) y Sa Caleta (Ibiza). Dentro de ese circuito comercial tartésico, se hallaban áreas territoriales jerarquizadas regidas por un poblado central que ejercía el control político de un territorio más o menos próximo. Una de ellas sería Peña Negra para la Depresión meridional.

Poblado o aldea central, atalayas y/o fortines y caseríos (Moratalla 2005) configurarían las unidades básicas del poblamiento en la Depresión meridional, a la que, habría que sumar una factoría comercial, La Fonteta, a tenor, según este autor, de los materiales perecederos con los que se construyeron las viviendas y al elevado número de cerámica elaborada a mano. Este emplazamiento en la costa ejercería el papel de puerto natural de entrada y salida de productos, y por lo tanto, de punto de contacto directo con los comerciantes fenicios.

Por el contrario, A. González Prats viene planteando un origen completamente colonial para La Fonteta (González 2000 y 2010) y el Cabezo Pequeño del Estaño (González y García 1997; García Menárguez 2010). Serían asentamientos fenicios que entrarían en contacto con las poblaciones indígenas, ya configuradas desde la fase previa y con una posición estratégica en el caso de Peña Negra que, desde mediados o finales del s. IX cal BC, controlarían las rutas terrestres que conectan el litoral con la Meseta, además de poseer una producción metalúrgica que no sólo estaría destinada a cubrir las necesidades propias. De tal manera que *se llega a un punto en que podemos cuestionarnos si la presencia fenicia en*

el Segura obedece a un potente foco metalúrgico en la sierra de Crevillente o si la envergadura y volumen de la producción metalúrgica se configura a causa de la propia instalación costera (González 2000: 110). Se plantea pues que la estrategia de esta colonia fenicia en el río Segura fue la de ejercer el control económico del *hinterland* más próximo, en este caso el ejercido desde Peña Negra.

Con independencia de si La Fonteta es una fundación colonial o no, en lo que sí parecen coincidir las propuestas investigadoras es en la importancia sociopolítica del asentamiento de Peña Negra desde antes de la creación de La Fonteta. Peña Negra, emplazado en las laderas de un cerro en la sierra de Crevillente y a escasa distancia de Casa de Secà –7 km aproximadamente–, constituye un asentamiento de considerable magnitud, ubicado en tierras de bajo rendimiento agrícola. Las dificultades de control visual desde el mismo serían cubiertas por los diversos asentamientos encumbrados en elevaciones de la propia sierra, dominando todos los llanos litorales descendentes: piedemonte de la sierra, Camp d’Elx y Vega Baja del Segura, donde se encuentran las mejores condiciones para el uso agrícola (fig. 18). Es en estos llanos donde han sido localizados diversos yacimientos sin secuencias estratigráficas dilatadas, algunos con estructuras de diversa entidad, que permiten deducir la existencia de un poblamiento disperso y amplio de pequeñas comunidades agrícolas, que se va

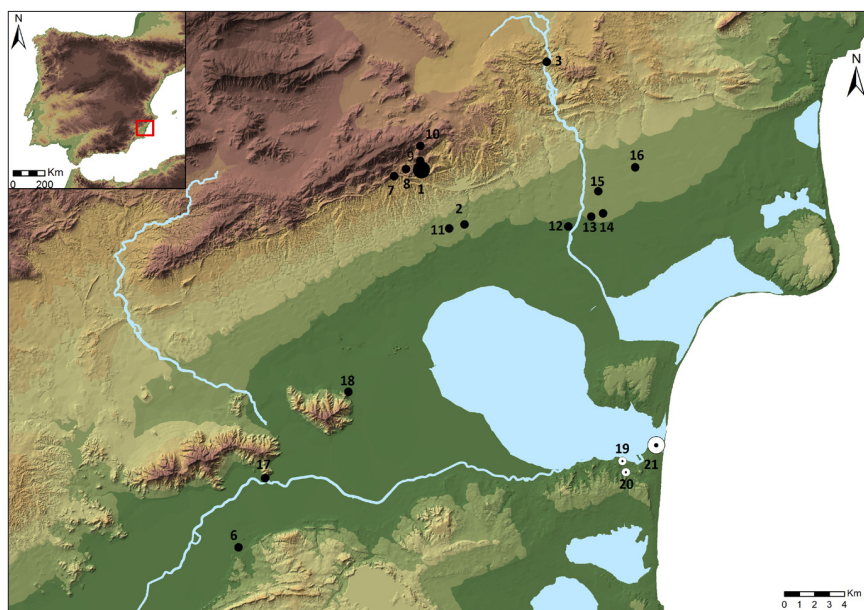


Fig. 18. Representación del poblamiento en la zona de estudio, destacando la presencia de Peña Negra como núcleo central y La Fonteta, como factoría costera en momentos avanzados del s. VII a.C. 1. Peña Negra; 2. El Botx; 3. Tabayá; 6. Los Saladares; 7. Coto Memoria; 8. Corral Oeste; 9. Les Barricaes; 10. El Cantal de la Campana; 11. Camí de Catral; 12. Casa de Secà; 13. La Alcudia; 14. Hacienda Botella; 15. Finca del tío Bou; 16. Galanet; 17. San Miguel; 18. Castillo de Santa Bárbara; 19. Cabezo del Estaño; 20. Castillo de Guardamar; 21. La Fonteta.

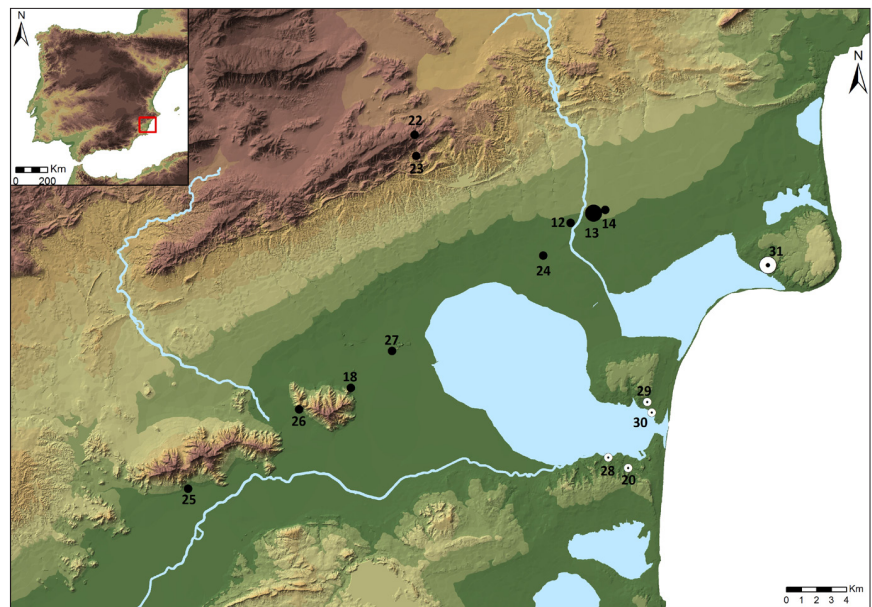
incrementado a partir del s. VII cal BC a tenor de las evidencias documentadas en Casa de Secà y en otros puntos del tramo final del Vinalopó.

En cualquier caso, y con toda esta información, consideramos oportuno plantear, a modo de hipótesis, una representación de la dinámica poblacional en la zona, desde los planteamientos teóricos de la Arqueología Social. Las marcadas diferencias observables entre yacimientos coetáneos como los anteriormente señalados, al menos desde inicios del s. VII cal BC, en lo que se refiere a su distribución territorial y tamaño (Moratalla 2005), carácter monofásico o no de las ocupaciones, entidad de las estructuras domésticas reconocidas, inversión de trabajo en estructuras defensivas, planificación urbanística en determinados enclaves (González 2010 y 2011; Rouillard *et al.* 2007; Rouillard 2010), localización de actividades artesanales y metalúrgicas diferenciadas, prácticas funerarias (Lorrio 2008), atesoramiento en el asentamiento de mayor entidad (González 1976) o en claras diferencias entre asentamientos en el consumo de materias primas y productos alóctonos (González 2002), son argumentos suficientes para considerar que se trata de una sociedad de clases consolidada, con marcadas diferencias en el acceso a la propiedad de medios y objetos de trabajo. No en vano, en la zona ya se constatan muchas de estas diferencias un milenio antes con el grupo argárico (Lull y Risch 1995; Lull *et al.* 2009).

En la dinámica poblacional de ese territorio y en la explicación del proceso histórico de aquellas comunidades, es evidente la importancia de asentamientos como Peña Negra o La Fonteta, desde donde los grupos dominantes intentarían legitimar y consolidar su posición sobre un amplio conjunto de comunidades ampliamente distribuidas por el ámbito regional. Desde nuestra visión de la realidad en estudio, creemos que aquellos grupos encontrarían un mecanismo de ampliación de las disimetrías sociales en el control e imposición social de nuevos medios de producción, materias primas y productos, obtenidos gracias a la aceptación de las reglas establecidas por los grupos propietarios de los medios de transporte marítimos y controladores de los derroteros del sur peninsular, que no parecen ser otros que las poblaciones semitas⁴ (García Alfonso 2007).

Si las poblaciones campesinas de las etapas previas de la Edad del Bronce habían conseguido reproducirse con un importante grado de autosuficiencia, al obtener de forma directa o a través de limitados procesos de intercambio y distribución buena de parte de las materias primas con las que elaborar los instrumentos de trabajo relacionados con las actividades agrícolas –hoces de sílex, instrumentos de piedra pulida, etc.–, o con el procesado, transporte y consumo de alimentos; a partir de finales del s. VIII a.C., con la consolidación de Peña Negra y la fundación de La Fonteta, la situación se empezó a transformar, al pasar a depender plenamente de la esfera social

Fig. 19. Representación del poblamiento en la zona de estudio, destacando la presencia de La Alcuía con núcleo central y La Picola hacia mediados del s. VI a.C. 12. Casa de Secà; 13. La Alcuía; 14. Hacienda Botella; 18. Castillo de Santa Bárbara; 20. Castillo de Guardamar; 22. El Puntal; 23. El Castellar; 24. Campo de Experimentación Agrícola; 25. Cabezo de la Aparecida; 26. Redován; 27. Cerro de Admajaleta; 28. Cabezo Lucero; 29. El Oral; 30. El Molar; 31. La Picola.



–y no de la relación grupos humanos-medio– la obtención de buena parte de los elementos materiales implicadas en los procesos productivos. Los beneficios aportados por la introducción en los procesos laborales del instrumental de hierro (Mansel 2000; González 2010b), el empleo de recipientes cerámicos a torno de mayor capacidad y facilidad en el transporte marítimo, o el uso de conservantes para alimentos, entre muchos otros elementos, fueron rápidamente asumidos e incorporados entre sus condiciones y necesidades materiales para la producción, a cambio de consentir la enajenación de mayor cantidad de producto. Los grupos dominantes generaban así un mayor grado de integración social, pero sobre todo de segregación y dependencia social para la producción, aumentando las disimetrías, tanto a través de un mayor control sobre la producción y distribución de materias primas, productos e instrumentales, como de la extracción de excedentes⁵.

El incremento del número de enclaves y evidencias arqueológicas en la ocupación de las tierras llanas a partir de finales del s. VII a.C. (fig. 18) como es el caso de Casa de Secà y de otros puntos antes señalados en el Camp d'Elx –La Alcudia, Hacienda Botella, Finca del tío Bou, Galanet, etc.–; en el piedemonte de la sierra de Crevillente –Camí de Catral (González 1989 y 2010), Corral Oeste (Moratalla 2005)– o en la Vega del Segura –Los Saladares (Arteaga y Serna 1975; 1979-80), Castillo de Santa Bárbara (Moratalla 2005)–, viene a ser una prueba de la intensificación productiva en las tierras de mayor capacidad agrícola, extensible también a otros valles de interior, en los que también se establecieron enclaves en altura en los umbrales montañosos –Tabayá, Camara, Cerro de la Virgen– para el control de las vías de comunicación, en clara relación con la intensificación de la circulación de todo tipo de productos.

En la misma línea consideramos que debería interpretarse la presencia de lingotes de bronce acumulados en algunos yacimientos como los documentados en la zona del Camp d'Elx o Tabayá (González 1985; Simón 1998). Este material almacenado, probablemente para ser refundido, reutilizado y redistribuido, permite plantear como hipótesis, la atribución de un rol más destacado para determinados enclaves, en clara relación con la articulación de redes de distribución de productos sobre el amplio agro ilicitano y para su circulación hacia comunidades implantadas en tierras interiores. En nuestra opinión, estas evidencias son clarificadoras de la existencia de un claro entramado sociopolítico de control de la distribución de productos

manufacturados. Ese rol más destacado que podría haberse ejercido desde La Alcudia para las tierras llanas del agro ilicitano y la vía del Vinalopó durante el s. VII a.C., es lo que podría explicar su consolidación y desarrollo posterior, convirtiéndose en uno de los núcleos más importantes del Sudeste a partir de mediados o finales del s. VI a.C., una vez que las poblaciones semitas perdieron el dominio de las rutas marítimas meridionales y los grupos dominantes locales no pudieron asegurar al conjunto de la sociedad el abastecimiento de materias primas, instrumentos de trabajo y productos introducidos en el territorio y también elaborados en La Fonteta.

La cercanía de La Alcudia a tierras fértiles y al mar, su posible papel redistribuidor secundario desde momentos previos al s. VI a.C. y la creación de un nuevo enclave portuario como el de La Picola (Molina Vidal 2005), facilitaría el traslado progresivo de la población –especialmente los grupos dominantes y los grupos artesanales especializados asociados, residentes en núcleos como Peña Negra– hacia estos núcleos, al mismo tiempo que se gestaba el abandono definitivo de enclaves como La Fonteta. De este modo, se conseguiría consolidar un nuevo marco social bajo una materialidad reformulada que reconocemos como los grupos iberos (fig. 19).

Sin embargo, la posibilidad de desarrollar propuestas más sólidas sobre el proceso histórico en estudio, solamente pasa por conseguir bases estratigráficas más firmes, consistentemente datadas sobre muestras de vida corta, tanto de yacimientos ya excavados, como de asentamientos en llano en los que se hayan conservado estructuras de hábitat y de actividad.

SUSANA SORIANO BOJ
Arqueóloga
susoriano@hotmail.com

FRANCISCO JAVIER JOVER MAESTRE
Departamento de Prehistoria y Arqueología,
Historia Antigua, Filología Griega y Filología Latina
Universidad de Alicante
javier.jover@ua.es

EDUARDO LÓPEZ SEGUI
Alebus Patrimonio S.L.
elopez@alebusph.com

NOTAS

1. A este respecto es muy destacado el amplio conjunto de intervenciones realizadas, cuyos resultados en buena medida han

sido inicialmente publicados en los CD-ROM *Actuaciones arqueológicas de la provincia de Alicante*, editado por la Sección de Arqueología del Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias de Alicante.

2. Agradecemos a I. Montero Ruiz todas las apreciaciones realizadas sobre las piezas metálicas. También a A. González Prats, A. Lorrio Alvarado e I. Grau Mira las efectuadas sobre la cerámica y el presente texto.
3. Estos yacimientos, junto a Casa Secà, se han dado a conocer con motivo de las obras de la nueva Circunvalación Sur de Elche, cuyos resultados están pendientes de publicación. La publicación de este trabajo cuenta con la autorización de la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Generalitat Valenciana.
4. La inclusión de las poblaciones del territorio de la Depresión Litoral murciana en los circuitos de distribución por vía marítima de materias primas y productos supuso la aceptación por parte de los grupos dominantes emplazados en enclaves como Peña Negra de los principios del valor de cambio y, por tanto, su extorsión a través de la plusvalía.
5. Entendido como la parte del producto o de la fuerza de trabajo enajenada por los grupos dominantes a los productores directos

AGRADECIMIENTOS

El presente estudio se enmarca dentro del proyecto HAR2010-20479 del Ministerio de Ciencia e Innovación “Bronce Final y Edad del Hierro en el Levante y el Sudeste de la península Ibérica: cambio cultural y procesos de etnogénesis”.

Agradecemos a los miembros de la empresa Alebus Patrimonio Histórico S.L. las atenciones prestadas en el estudio del material arqueológico.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD CASAL, L. (1992): Terracotas ibéricas del Castillo de Guardamar, *Trabajos Varios del SIP 89, Homenaje a E. Pla Ballster*, 225-238.
- ACOSTA, L.; GRAU, I.; LILLO, M. (2010): L'assentament protohistòric de l'Alqueria de Benifloret, *Alberri* 20, 43-64.
- ARANEGUI GASCÓ, C. (1981): Las influencias mediterráneas al comienzo de la Edad del Hierro, *Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 1 (M. Gil-Mascarell, C. Aranegui, eds.), 41-66.
- ARTEAGA, O.; SERNA, M.R. (1975): Los Saladares-71, *Noticario Arqueológico Hispánico, Arqueología* 3, 7-140.
- ARTEAGA, O.; SERNA, M.R. (1979-1980): Las primeras fases del poblado de Los Saladares (Orihuela, Alicante). Una contribución al estudio del Bronce Final en la Península Ibérica (estudio crítico 1), *Ampurias*, 41-42, 65-137.
- ARTEAGA, O. (1982): Los Saladares-80. Nuevas directrices para el estudio del horizonte protoibérico en el Levante Meridional y Sudeste de la península Ibérica, *Huelva Arqueológica* VI, 13-183.
- BONET, H.; GARIBO, J.; GUÉRIN, P.; MATA, C.; VALOR J.P.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2004): Las ánforas importadas de las comarcas centrales del País Valenciano, *La circulació*

d'àmfores al Mediterrani occidental durant la Protohistòria (segles VIII-III a.C.): aspectes quantitius i anàlisis de continguts. Actes de la II Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell, Arqueomediterrànea 8, 203-227.

- BONET, H.; MATA, C.; MORENO, A. (2007): Paisaje y hábitat rural en el territorio edetano durante el ibérico pleno (s. IV-III a.C.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la Protohistoria peninsular* (A. Rodríguez, I. Pavón, eds.), Cáceres, 247-275.
- BOX AMORÓS, M. (1987): *Humedales y áreas lacustres en la provincia de Alicante*, Alicante.
- DUQUE, D.M. (2007): La colonización agraria orientalizante en la cuenca media del Guadiana, *Arqueología de la Tierra. Paisajes agrarios en la Protohistoria peninsular* (A. Rodríguez, I. Pavón, eds.), Cáceres, 45-70.
- ESPÍ, I.; GRAU, I.; LÓPEZ, E.; TORREGROSA, P. (2010): La aldea ibérica del l'Alt del Punxó: producción agrícola y asentamiento campesino en el área central de la Contestania, *Lucentum* XXVIII, 23-50.
- ESQUEMBRE BEBIA, M.A. (1998): *Informe-memoria de la actuación arqueológica de la Finca "Hacienda-Botella", Elche*, Informe preliminar presentado a la Dirección General de Patrimonio de la Conselleria de Cultura, Valencia, Inédito.
- FERRER GARCÍA, C. (2010): El medio físico de la Vega Baja y el litoral de Guardamar: la génesis cultural de un paisaje, *Guardamar de Segura. Arqueología y museo. Museos Municipales en el MARQ*, Alicante, 32-45.
- FURGÚS, J. (1937): *Col·lecció de treballs del P. J. Furgús sobre Prehistòria Valenciana*, Serie de Treballs Solts 5, València.
- GARCÍA ALFONSO, E. (2007): *En la orilla de Tartessos: indígenas y fenicios en las tierras malagueñas, siglos XI-VI a.C.*, Málaga.
- GARCÍA MENÁRGUEZ, A. (1994): El Cabezo Pequeño del Estañ, Guardamar del Segura. Un poblado protohistórico en el tramo final del río Segura, *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura* (A. González, J.L. Cunchillos, M. Molina, eds.), Coloquios de Cartagena I. Cartagena, 17-19 noviembre 1990, 269-280.
- GARCÍA MENÁRGUEZ, A. (2010): Guardamar. Arqueología y Museo, Guardamar de Segura, *Arqueología y museo. Museos Municipales en el MARQ*, 10-31.
- GARCÍA, P.; VERDASCO, C.; MUÑOZ, M.; CARRIÓN, Y.; PÉREZ, G.; TORMO, C.; TRELIS, J. (2007): Materiales arqueológicos del Bronce Final aparecidos junto al Barranc del Botx (Crevillent, Alacant), *Recerques del Museu d'Alcoi* 16, 89-112.
- GARCÍA, P.; CARRIÓN, Y.; COLLADO, I.; MONTERO, I.; MUÑOZ, M.; PÉREZ, G.; ROLDÁN, C.; ROMÁN, D.; TORMO, C.; VERDASCO, C.; VIVES, J. (2010): Campaña de excavación arqueológica de urgencia en Caramoro II (Elx, Alacant), *Guardamar de Segura. Arqueología y museo. Museos Municipales en el MARQ*, Alicante, 37-66.

- GIL-MASCARELL, M.; PEÑA, J.L. (1994): Las fases de ocupación en el yacimiento de la Mola d'Agres. Su dinámica evolutiva, *Recerques del Museu d'Alcoi* 3, 101-113.
- GONZÁLEZ, B.; LINARES, J.A.; VERA, J.C.; GONZÁLEZ, D. (2008): Depotfund zylinderförmiger Idole des 3.Jts v. Chr. aus La Orden-Seminario de Huelva (Prov. Huelva), *Madrider Mitteilungen* 49, 1-28.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1976): Breve noticia sobre el tesoro orientalizante de la sierra de Crevillente, *Pyrenae* 12, 73-175.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1983): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente*, Anejo I de Lucentum, Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1985): Sobre unos elementos materiales del comercio fenicio en tierras del Sudeste peninsular, *Lucentum* IV, 97-106.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1989): Dos bronce fenicios de la Colección Candela. Aportación al conocimiento de la orfebrería e iconografía orientalizante de la península Ibérica, *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, 411-430.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1990): *Nueva luz sobre la protohistoria del Sudeste*, Universidad de Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (2000): Fenicios e indígenas en el Levante peninsular, *Fenicios e indígenas en el mediterráneo y occidente: modelos e interacción. Actas de los Encuentros de Primavera de la Universidad de Cádiz en el Puerto de Santa María, 1998*, El Puerto de Santa María, 107-118.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (2002): *La necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España) (s. IX-VII a.C.)*, Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (2005): El fenómeno orientalizante en el sudeste de la Península Ibérica, *El Período Orientalizante, volumen II, Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV, 799-807.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (2010a): La presencia fenicia en el Bajo Segura, *Guardamar del Segura. Arqueología y museo. Museos Municipales en el MARQ*, 58-65.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (2010b): Anzuelos, fibulas, pendientes y cuchillos: una muestra de la producción de los talleres metalúrgicos de La Fonteta, *Lucentum* XXIX, 33-56.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (2011): *La Fonteta. Excavaciones de 1996-2002 en la colonia fenicia de la actual desembocadura del río Segura (Guardamar de Segura, Alicante)*, Vol. 1, Seminarios Internacionales sobre Temas Fenicios, Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A.; RUIZ, E. (1992): Un poblado fortificado del Bronce Final en el Bajo Vinalopó, *Trabajos Varios del SIP 89, Homenaje a E. Pla Ballester*, 17-27.
- GRAU, I.; MORATALLA, J. (2001): Interpretación socioeconómica del enclave, *El poblamiento ibérico en el Bajo Segura. El Oral (II) y La Escuera*, Bibliotheca Archaeologica Hispana 12, (L. Abad, F. Sala, eds.), 173-203.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1995): El origen de la huerta de Orihuela entre los siglos VII y XI: una propuesta arqueológica sobre la explotación de las zonas húmedas del Bajo Segura, *Arbor*, 65-93.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1996): *La Cora de Tudmir. De la antigüedad tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura material*, Madrid.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. (2004): ¿Cuándo tuvo principio ésta? La ocupación prehistórica de Ilici y de su entorno, *Iberia, Hispania, Spania. Una mirada desde Ilici* (M.S. Hernández, L. Abad, eds.), 13-24.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. (2006): La Contestania Ibérica desde la Prehistoria, *La Contestania Ibérica, treinta años después*, Anejo a la revista Lucentum 13 (L. Abad, F. Sala, I. Grau, eds.), 17-36.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. (2009): Tiempos de cambio. El final del Argar en Alicante, *Los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante* (M.S. Hernández, J.A. López, J. Soler, eds.), 292-305.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S.; LÓPEZ MIRA, J.A. (1992): Bronce Final en el Medio Vinalopó. A propósito de dos conjuntos cerámicos del Tabaià (Aspe, Alicante), *Trabajos Varios del SIP 89, Homenaje a E. Pla Ballester*, 1-15.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S.; LÓPEZ PADILLA, J.A.; SOLER DÍAZ, J. (eds.) (2009): *Los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante*, Alicante.
- IBARRA MANZONI, A. (1879): *Ilici su situación y antigüedades*, Instituto de Estudios Alicantinos, Alicante (reed.1981).
- JOVER, F.J. (1999): *Una nueva lectura del "Bronce Valenciano"*, Universidad de Alicante.
- JOVER, F.J.; GUILABERT, A.; LORRIO, A.; SEGURA, G.; TORREGROSA, P. (1997): La evolución del poblamiento en el Camp d'Elx (Alicante) en la Prehistoria y la Antigüedad, *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, vol. 2, *El mundo indígena*, Cartagena, 265-274.
- LÓPEZ GÓMEZ, A. (1988): *Geografía de las tierras valencianas*, Papers Bàsics 3 i 4, 2ª edición, Valencia.
- LÓPEZ PADILLA, J.A. (2009 a): Cabezo Pardo (San Isidro/Granja de Rocamora), *Los Confines de El Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante* (M.S. Hernández, J.A. López, J. Soler, eds.), 156-159.
- LÓPEZ PADILLA, J.A. (2009 b): El grupo argárico en los confines orientales de El Argar, *Los Confines de El Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante* (M.S. Hernández, J.A. López, J. Soler, eds.), 246-267.
- LÓPEZ PADILLA, J.A. (2010): L'ocupació prehistòrica de El Castellar, *El Castellar d'Elx. L'origen de la ciutat medieval* (J.L. Menéndez, ed.), 25-28.
- LORRIO ALVARADO, A. (2008): *Qurénima: el Bronce final del sureste de la Península Ibérica*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- LULL, V.; RISCH, R. (1995): El Estado Argárico, *Verdoy* 7, 97-109.

- LULL, V.; MICÓ, R.; RISCH, R.; RIHUETE, C. (2009): El Argar: la formación de una sociedad de clases. *Los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante* (M.S. Hernández, J.A. Soler, J.A. López, eds.), Alicante, 224-245.
- MANSEL, K. (2000): Los hallazgos de metal procedentes del horizonte fenicio más antiguo B1 del Morro de la Mezquitilla (Algarrobo, Málaga), *Actas del IV Congreso Internacional de estudios Fenicios y Púnicos* (M. Barthélemy, ed.), vol. IV, Universidad de Cádiz, 1601-1614.
- MATA, C.; MORENO, A.; PÉREZ, G.; QUIXAL, D.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2009): Casas y cosas del campo: hábitat agrícola y estructura social en los territorios de *Edeta* y *Ke-lin* (siglos V-III a.n.e.), *Espai domèstic i l'organització de la societat a la Protohistòria de la Mediterrània occidental (Ier mil·lenni aC)* (M.C. Belarte, ed.), 143-152.
- MOLINA MAS, F. (1999): La cerámica del Bronce Tardío e inicios del Bronce Final en el valle medio del río Vinalopó: el ejemplo del Tabayá (Aspe, Alicante), *Revista d'Arqueologia de Ponent* 9, 117-130.
- MOLINA VIDAL, J. (2005): La ceteria de Picola y la evolución del Portus Ilicitanus (Santa Pola, España), *III Congreso Internacional de Estudios Históricos. El Mediterráneo: la cultura del mar y la sal*, (J. Molina, M.J. Sánchez, eds.), Santa Pola, 110-145.
- MORATALLA JÁVEGA, J. (2004-2005): La Alcudia ibérica: una necesaria reflexión arqueológica, *Lucentum* XXIII-XXIV, 89-104.
- MORATALLA JÁVEGA, J. (2005): El territorio meridional de la Contestania, *La Contestania Ibérica, treinta años después*, Anejo a la revista *Lucentum* 13, (L. Abad, F. Sala, I. Grau, eds.), 91-117.
- OLMOS, R.; TORTOSA, T. (1997): *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*, Col. Lynx 2, Madrid.
- PEÑA, J.L.; ENRIQUE, M.; GRAU, E.; MARTÍ, M.A. (1996): *El poblado de la Mola d'Agres*, Homenaje a Milagros Gil Mascarell Boscà, València.
- RAMÓN TORRES, J.R. (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*, Universidad de Barcelona.
- RAMOS FERNÁNDEZ, R. (1975): *La ciudad romana de Illici*, Alicante.
- RAMOS FERNÁNDEZ, R. (1995): *El templo ibérico de La Alcudia, La Dama de Elche*, Elche.
- RAMOS FOLQUÉS, A. (1947): La Dama de Elche. Datos de su cronología. El problema del nivel arqueológico de su hallazgo, *III Congreso Arqueológico del Sudeste Español*, Cartagena, 153-158.
- RAMOS FOLQUÉS, A. (1953): Mapa arqueológico del término municipal de Elche (Alicante), *AEA* 26, nº 28, 323-354.
- RAMOS FOLQUÉS, A. (1954): La Alcudia. Campañas 1940-1948, *Noticario Arqueológico Hispánico* II (1-3), 107-133.
- RAMOS FOLQUÉS, A. (1989): *El Eneolítico y la Edad del Bronce en la comarca de Elche*, Elche.
- RAMOS MOLINA, A. (2000): *La escultura ibérica en el Bajo Vinalopó y Bajo Segura*, Institut Municipal de Cultura, Elche.
- ROUILLARD, P.; GAILLEDROT, E.; SALA, F. (2007): *L'établissement protohistorique de La Fonteta (fin VIIIe-fin Vie siècle av.J.-C.)*, Casa de Velázquez 96, Madrid.
- ROUILLARD, P. (2010): La Fonteta/Rábita (Guardamar del Segura, Alicante): las excavaciones hispano-francesas, 1996-2001, *Guardamar de Segura. Arqueología y museo. Museos Municipales en el MARQ*, 80-89.
- ROVIRA LLORENS, S. (2007): *La Dama de Elche*, Madrid.
- RUIZ, A.; SERRANO, J.L.; MOLINOS, M.; RODRÍGUEZ, M.O. (2007): La tierra y los Iberos en el Alto Guadalquivir, *Arqueología de la Tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular* (A. Rodríguez, I. Pavón, eds.), Cáceres, 225-245.
- SALA, F.; GRAU, I.; OLCINA, M.; MOLTÓ, J. (2004): El comerç d'àmfores en època protohistòrica ibèrica a les terres de la Contestania, *La circulació d'àmfores al Mediterrani occidental durant la Protohistòria (segles VIII-III a.C.): aspectes quantitius i anàlisis de continguts*, *Actes de la II Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell*, *Arqueomediterrània* 8, 229-251.
- SANZ, C. (1621): *Excelencias de la villa de Elche, Elche. Recopilación en que se da cuenta de las cosas antiguas como modernas de la ínclita villa de Elche* (reed. 1954), Elche.
- SIMÓN GARCÍA, J.L. (1998): *La Metalurgia Prehistórica Valenciana*, Trabajos Varios del SIP 93, Valencia.
- SIMÓN GARCÍA, J.L. (1999): La ocupación del territorio durante la Edad del Bronce en el Sinus Ilicitanus, Cambios en el litoral y su influencia en el hábitat, *Geoarqueología, quaterni i litoral, Memorial M. P. Fumanal*, València, 257-268.
- SOLER DÍAZ, J.; LÓPEZ PADILLA, J. (2001): Nuevos datos sobre el poblamiento entre el Neolítico y la Edad del Bronce en el sur de Alicante, *Lucentum* XIX-XX, 7-26.
- SOLER, J.; LÓPEZ, J.A.; GARCÍA, G.; LUJÁN, A. (2008): Estudio y caracterización de la ocupación neolítica de la playa del Carabassí (Elche, Alicante), *IV Congreso del Neolítico Peninsular* (M.S. Hernández, J. Soler, J.A. López, eds.), 176-182.
- TORRES ORTÍZ, M. (2008): Dataciones del C-14 del Bronce Final del Sureste, *Qurénima, El Bronce Final del Sureste de la península Ibérica* (A. Lorrio Alvarado, autor), Apéndice IV, Madrid, 539-544.
- TRELIS MARTÍ, J. (1995): Aportaciones al conocimiento de la metalurgia del Bronce Final en el sureste peninsular: el conjunto de moldes del Bosch (Crevillente, Alicante), *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología*, vol. I, Elche, 185-190.
- TRELIS, J.; MOLINA, F.A.; ESQUEMBRE, M.A.; ORTEGA, J.R. (2004): El Bronce Tardío e inicios del Bronce Final en el Botx (Crevillent, Alicante): nuevos hallazgos procedentes de excavaciones de salvamento, *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes* (L. Hernández, M.S. Hernández, eds.), 319-323.